



**CARTA DE LA COMISIÓN DE CLERO, VOCACIONES Y SEMINARIOS
DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL VENEZOLANA
AL PUEBLO DE DIOS QUE CAMINA EN VENEZUELA
CON MOTIVO DEL AÑO SACERDOTAL**

¡Gracia y paz a ustedes, de parte de Jesucristo, el testigo fiel, que ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para nuestro Dios; (Ap 1,4.5.6).

I. En el Año Sacerdotal

1. Al inicio de esta cuaresma, en la cercanía del Jueves Santo, día en el que conmemoramos la Institución de la Eucaristía y del Sacerdocio; en el marco del Año Sacerdotal, en nombre de los Arzobispos y Obispos de Venezuela, nos dirigimos a todo el Pueblo de Dios que camina en nuestra Patria, en especial a los Presbíteros; a quienes, junto con todos los fieles, queremos expresar nuestro mayor aprecio y sincero agradecimiento, dando gracias al Señor por el don de su vocación, por cada una de sus personas y por su entrega generosa.

2. Durante este Año Sacerdotal, tenemos la oportunidad de tomar conciencia de lo que significa para nosotros el sacerdocio ministerial y plantearnos qué actitudes debemos tener ante nuestros sacerdotes. Como punto de partida, es necesario que aprovechemos esta ocasión para reafirmar nuestra fe en el sacerdocio de Jesucristo; de tomar conciencia de nuestra participación en el sacerdocio real y común de todos los fieles y de la misión necesaria del sacerdocio ministerial para nuestra vida cristiana y eclesial. Desde esta fe en el sacerdocio, con clara conciencia de lo que son nuestros presbíteros, podremos orar por ellos, acompañar con caridad fraterna a quienes se han configurado a Cristo para el servicio de su pueblo, promover y apoyar a quienes reciben la vocación al sacerdocio.

II. Somos un Pueblo de Sacerdotes

3. En su designio de salvación, Dios Padre envió a su Hijo al mundo como expresión radical de su amor por la humanidad (cf. Jn 3,16ss). Para ello, Jesús el Señor se hizo hombre y entregó generosamente su propia vida, cumpliendo la voluntad de Dios Padre, es decir: la salvación de todos los seres humanos. El Hijo de Dios, con la ofrenda de su vida, nos consiguió la salvación e inauguró una nueva alianza, sellada con su sangre. De este modo, Jesús es quien garantiza una alianza mejor que la primera y llega a ser el único y verdadero sacerdote de esta alianza nueva y eterna (Heb 7, 22.24ss).

4. Fruto de esa ofrenda sacerdotal de Cristo es la hermosa realidad que nos convierte a los creyentes y discípulos suyos en hijos de Dios y templos vivos del espíritu Santo. Por medio del Bautismo, nos identificamos con Él y somos incorporados a su muerte y resurrección; esto nos introduce en el camino de la nueva vida en Él (cf. Rom 6, 3-4). Por medio del bautismo pertenecemos al pueblo de Dios el cual tiene una dimensión sacerdotal.

5. Cristo, sumo sacerdote y único mediador, ha hecho de nosotros, su Iglesia, “*un Reino de sacerdotes para su Dios y Padre*” (Ap 1,6). Toda la comunidad de los creyentes es sacerdotal, como fieles bautizados participamos del único sacerdocio de Cristo. Los fieles ejercemos nuestro sacerdocio bautismal según la vocación específica que nos es propia, en la misión de Cristo, Sacerdote, Profeta y Rey. Como nos recuerda el Catecismo de la Iglesia Católica: por los sacramentos del Bautismo y de la Confirmación los fieles son “consagrados para ser... un sacerdocio santo” (1). El apóstol S. Pablo también nos enseña: que todo creyente le debe dar una dimensión sacerdotal a su propia existencia: haciendo de ella una “*ofrenda viva, santa y agradable a Dios*” (Rom12,1). Es decir, todos los bautizados, profesando nuestra fe, viviendo en la esperanza y dejándonos mover por el amor, ofrecemos nuestro ser y obrar personal, familiar, social, profesional, laboral, ambiental, como un culto permanente al Padre Creador, que nos ha dado todas las cosas, por medio de Jesucristo Redentor. Además, en la Iglesia participamos del culto sacerdotal de Cristo al Padre a través de la oración y los sacramentos, en especial en la Eucaristía, por medio de la cual, el Pueblo de Dios *no cesa de ofrecer un sacrificio sin mancha desde cuando sale el sol hasta el ocaso* (2). Este sacerdocio de todo cristiano, con el cual se perpetúa en la historia el único sacerdocio de Cristo, es el llamado “sacerdocio común” de todos los fieles, o “sacerdocio real”.

III. El ministerio sacerdotal

6. Ahora bien, el Señor Jesús en la Última Cena instituyó el sacramento del Orden Sacerdotal; así, no sólo confiere el honor del sacerdocio real a todo su pueblo santo, sino también, con amor de hermano, elige a hombres de este pueblo, para que por la imposición de las manos, participen de su sagrada misión. Ellos renuevan en nombre de Cristo el sacrificio de la redención, preparan a los hijos de Dios el banquete pascual, presiden al pueblo santo en el amor, lo alimentan con la palabra de Dios y lo fortalecen con los sacramentos de la vida nueva (3)). Es decir, que los elegidos y consagrados, por el ministerio que realizan, siguen haciendo presente los efectos de la obra salvadora inaugurada por Jesús. Este es el llamado “sacerdocio ministerial”, así lo diferenciamos del sacerdocio común o real de todos los fieles.

7. Ambos, el sacerdocio común de todos los fieles y el sacerdocio ministerial que ejercen los obispos y los presbíteros, son dos formas de participación en el único sacerdocio de Cristo que se diferencian entre sí pero se ordenan uno en función del otro. El sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común, en orden al desarrollo de la gracia bautismal de todos los cristianos.

8. El sacerdocio ministerial es uno de los medios por los cuales Cristo no cesa de construir y de conducir a su Iglesia (4). El sacerdocio ministerial forma parte esencial de la vida de la Iglesia: es uno de los sacramentos instituidos por el Señor Jesús que apunta al servicio de todos los miembros del pueblo de Dios. El carácter o

sello sacramental, que les confiere el sacramento del Orden, distingue a los ministros ordenados haciendo que su presencia y ministerio sean únicos, necesarios e insustituibles. La presencia del ministerio ordenado es condición esencial de la vida de la Iglesia, y no sólo de su buena organización (5), no puede haber Iglesia sin éste.

IV. Agradecer un inmenso don

9. El sacerdocio ministerial es, pues, un don de la gratuidad del Padre Celestial pedido por Cristo para su Iglesia y el mundo. En el Evangelio según S. Mateo (9, 35-39), se nos muestra el por qué el Señor Jesús manda a los discípulos: “*pidan al Dueño de la mies, que envíe obreros a su mies*” (v38). Unos versículos antes, nos narra el evangelista que el Señor Jesús: *sintió compasión, porque estaban cansados y abatidos como ovejas que no tienen pastor* (v.37). Según ello, la razón del ministerio de esos *obrerros* es la de ser pastores con el Pastor. Al mirar a las gentes, el amor de Jesús se desborda hasta rayar en la “compasión”, sentimiento que podemos traducir también como “misericordia”. Jesús siente la necesidad de ensanchar su corazón de pastor misericordioso, pidiendo al Padre otros que sean llamados a ser multiplicadores de su caridad pastoral; otros, que el Padre elija en atención al servicio de su Hijo al mundo, para todos los tiempos.

10. El ministerio sacerdotal en la Iglesia no puede entenderse de otra forma, ni tener otro parámetro, que el amor misericordioso del Buen Pastor *que da la vida por sus ovejas* (Jn 10, 15); éste, por su misma naturaleza de ser un don del Padre, no se entiende sino como la entrega gratuita y pura de Cristo en su Iglesia, que vino a *servir y dar la vida como rescate por muchos* (Mc 10,45). Por eso, todos en la Iglesia debemos recibir este don de la persona y vocación de los ministros ordenados, *de rodillas ante el Padre* (Ef 3,14).

V. Una herencia gloriosa

11. Queridos fieles y queridos presbíteros, no podemos olvidar que la Iglesia que está en Venezuela goza de una rica herencia de figuras sacerdotales, que han quedado perpetuamente grabadas en su memoria histórica. Pensemos, al menos, en algunos sacerdotes del pasado siglo, como fueron los presbíteros: Santiago Machado, Ramón Aveledo, José Manuel Jiménez. Podemos destacar, también, el testimonio de santos sacerdotes que fueron obispos, como: Juan Bautista Castro, fundador de las Siervas del Santísimo; Arturo Celestino Álvarez, Obispo del Zulia y de Calabozo; Tomás Antonio Sanmiguel Díaz, primer Obispo de San Cristóbal; Sixto Sosa, Obispo de Cumaná y mentor de la Beata Candelaria de San José; el insigne Obispo de Valencia, Salvador Montes de Oca, confesor de la fe en la Venezuela Gomecista y víctima de la violencia nazi en la segunda guerra mundial. Son muchas las figuras de sacerdotes ejemplares, entre presbíteros y obispos que podríamos invocar a lo largo y ancho de nuestro País; sacerdotes, tanto diocesanos, como religiosos; nativos o venidos de fuera, que sembraron con sus vidas el Reino de Dios por toda la extensión de nuestra Patria. En ellos podemos encontrar la más grande gama de virtudes y testimonios de esa *fidelidad de Cristo*, en la *fidelidad del sacerdote*.

VI. El Santo Cura de Ars, modelo de Pastor

12. Justamente, fueron estos sacerdotes del siglo pasado quienes nos enseñaron a conocer y venerar esa figura gigante del humilde párroco del pueblecito de Ars, en la Francia del siglo IX: San Juan Bautista María Vianney, a quien el Santo Padre, Benedicto XVI nos propone, en este Año Sacerdotal, como modelo de presbítero.

13. Juan Bautista María Vianney, en primer lugar, debió ejercer su ministerio sacerdotal en una Francia post revolucionaria, en el contexto de una Iglesia diezmada en su personal e instituciones; muchos manifestaban hostilidad hacia la figura clerical. La falta de instrucción religiosa del pueblo sencillo era muy grande. La floreciente dictadura del emperador, ocupado en las guerras de expansión, no tenía el menor interés por la asistencia y promoción, y mucho menos, por la educación cristiana del pueblo francés de aquel entonces. Eran tiempos desafiantes que exigían un esfuerzo titánico para reconstruir la Iglesia.

14. Precisamente, la situación de la Iglesia en la Venezuela de finales del Siglo XIX y primera mitad del XX, no fue muy diferente. No olvidemos que muchas de las figuras sacerdotales venezolanas que se han mencionado, tuvieron que reconstruir una Iglesia igualmente perseguida, mermada en personal, estructuras y medios; en un país, golpeado por las guerras intestinas, por consecutivas dictaduras y al final, en una naciente y frágil democracia; que ellos, siguiendo fielmente la Doctrina Social de la Iglesia, no dejaron de defender y de iluminar con su palabra profética.

15. Hermanos presbíteros, también nosotros hoy, tal vez intelectualmente más preparados que el Cura de Ars, con mejor bagaje teológico y pastoral, sentimos que la misión que se nos propone y confía es sobrehumana; que la vertiginosidad de los acontecimientos nos pueden dejar desconcertados y perplejos; que también, como nuestros antepasados en el ministerio y como el mismo Cura de Ars, afrontamos muchas veces un clima de hostilidad, o peor aún, de indiferencia. Ante estas circunstancias, el Santo Cura de Ars se nos propone, como ejemplo de fidelidad y perseverancia en la vocación.

16. El Cura de Ars, se sembró en esa pequeña aldea con la misión que le diera su superior cuando le dijo: *“Va a una parroquia donde no está el amor de Dios, ¡usted tendrá que ponerlo!”*. Consciente de esta misión sobrehumana, aferrado a una profunda vida de oración: ante Jesús Sacramentado, en el rezo del breviario, en la preparación de sus sermones (homilias), en la más digna forma de celebrar la misa y los sacramentos, en especial la Penitencia; viviendo en una intensa vida de sacrificio y austeridad, sobre todo, en un humildísimo reconocimiento de sus pocas capacidades académicas e intelectuales, logró llegar a una actitud de total abandono en el Señor, gracias a la cual pudo servir de valioso instrumento para la siembra del Reino de Dios en la vida de cada uno de sus feligreses y de los miles de personas que acudían desde todos los rincones de Francia en busca de poder confesarse y hablar con él.

17. Aparentemente su manera de ser, era la de un labrador, acostumbrado a la soledad, a la vida simple y callada del trabajador de la tierra; pero, el amor a Cristo y a su sacerdocio, hizo de él un verdadero padre y pastor, compañero fiel de su gente, venciendo las dificultades de su temperamento. Podríamos decir: vivió en un constante negarse a sí mismo, para seguir a Cristo en la práctica diligente de la caridad pastoral. El Abate Vianney, tuvo la inteligencia pastoral, para insertarse hondamente en la mentalidad, las necesidades y expectativas de esa gente, para poder hacerles llegar el mensaje y las propuestas de vida nueva en Cristo. Se dice que en unos ocho años *“Ars ya no era Ars”*: ya no era aquel pueblecito de gente dada a los bailes, a la bebida, enormemente ignorante de la su religión, sino un *“hogar de viva fe y de culto al Señor”*. Su labor pastoral, también resultó en la práctica de la caridad hacia los pobres, con la fundación de un amparo benéfico infantil, y en una promoción humana, como fruto natural de su predicación y catequesis: la creación de la escuela para niños y niñas. Se cuenta que, habiéndole preguntado alguien ¿cómo hacía para obtener tanto dinero para las obras sociales y el culto? Le respondió: *“el secreto es darlo todo y no guardarse nada para sí”*.

18. Precisamente, no fueron las capacidades intelectuales, ni el don de la oratoria, ni la humana simpatía y, mucho menos una imagen agraciada, lo que le mereció llegar a ser un modelo para los sacerdotes de todos los tiempos, sino su ardoroso celo pastoral, fruto del singular esfuerzo por dejar que la gracia, recibida en la ordenación, configurara su corazón con el de Cristo Buen Pastor. La figura sacerdotal del Santo Cura de Ars, circunstancialmente tan distinta a la del sacerdote contemporáneo, sin embargo, nos propone con fuerza aquello que es esencialmente característico del ser del ministro sacerdote, ahora y siempre: la caridad pastoral, la identidad con Cristo Pastor. Aquella configuración con Cristo que es fruto de la eficacia del sacramento y aquella que es el trabajoso seguimiento del discípulo que comparte los sentimientos del Maestro, hasta el punto de poder sentir compasión de las gentes que *están como ovejas sin pastor*, teniendo como opción fundamental de vida y norte constante de su obrar, el *dar la vida por las ovejas*. Esto significó para él conocer, personalmente las ovejas, escucharlas con paciencia, preocuparse de cada una de ellas; presentárselas al Señor sacramentado y sacrificarse por sus pecados y por su conversión, hasta ver plasmada la acción de Dios en ellas. Su incansable actividad, no disminuyó nunca en él su entrega a la oración; fue un verdadero testimonio de unidad de vida sacerdotal.

19. Sí, queridos hermanos en el sacerdocio ministerial, nuestra vocación y nuestro ministerio sólo se entiende, como lo entendió el Cura de Ars, a partir de Cristo, Pastor Eterno: desde su solicitud hacia las ovejas, incluidas las que no son de su rebaño; desde su esmerada vigilancia sobre el bien y protección de la grey; desde su casta fidelidad, digna del mejor de los esposos, desde su entrega hasta dar la vida por el rebaño; desde su victoria sobre la muerte y el mal. Invitados por el ejemplo de este santo sacerdote, elevamos nuestros ojos al Señor Jesús, *Pastor y obispo*, en Él fijamos nuestra mirada, para descubrir nuestra identidad como ministros de su sacerdocio. Lo hacemos en este año sacerdotal, en la etapa de la aplicación del Concilio Plenario de Venezuela y en el contexto de la Misión Continental.

VII. Grandes desafíos

20. En estos tiempos que vive Venezuela, el pueblo siente la necesidad de Presbíteros que sean realmente “discípulos”, es decir: que tengan una profunda experiencia de Dios; configurados con el corazón del Buen Pastor; dóciles a las mociones del Espíritu; que se nutran de la Palabra de Dios, de la Eucaristía, y de la oración. De presbíteros “misioneros” movidos por la caridad pastoral, que los lleve a cuidar del rebaño a ellos confiados y a buscar a los más alejados; predicando la Palabra de Dios siempre en profunda comunión con su Obispo, los presbíteros, religiosos/as y laicos. Requiere de presbíteros servidores de la vida: que estén atentos a las necesidades de los más pobres, comprometidos en la defensa de los derechos de los más débiles y promotores de la cultura de la solidaridad. También de presbíteros llenos de misericordia, disponibles para administrar el sacramento de la reconciliación (6). Pastores “al servicio de una Iglesia en comunión”, que ayuden a sanar las heridas de nuestro pueblo, a reconstruir la familia y la sociedad.

21. La Iglesia de Dios en Venezuela, todavía adolece de una escasez de ministros ordenados. Esta escasez se siente con mayor fuerza en los llanos, en el sur y en el oriente del País. Hace falta promover, en todos los niveles y dimensiones del quehacer eclesial, un decidido anuncio del *evangelio de la vocación*, con el fin de caminar hacia una cultura vocacional en la Iglesia en Venezuela (7). Debemos ser más incisivos a la hora de proponer el llamado a la vocación al sacerdocio ministerial a nuestros muchachos. La catequesis de iniciación cristiana y presacramental, la pastoral familiar y juvenil, deben presentar a las familias y a los jóvenes la vocación al sacerdocio ministerial.

22. Ante este desafío, queremos hacer un llamado especial a los jóvenes de nuestra Iglesia: queridos muchachos, en el proceso de formación y crecimiento en la fe en el que ustedes se encuentran, en esa etapa en la cual se preguntan hacia donde van a orientar sus vidas en el futuro, no dejen de plantearse la opción de ser sacerdotes pastores de Jesucristo. Ningún joven católico debe llegar a la edad adulta, al momento de su confirmación, sin haberse planteado esa posibilidad. Deben todos hacerse la pregunta: ¿Yo sacerdote? ¿Por qué no?

23. Tenemos que organizar, consolidar y promover, en nuestras iglesias particulares, la Pastoral Sacerdotal o del Clero, que impulse entre los ministros ordenados una profunda experiencia de Dios, que alimente en ellos el seguimiento e imitación de Cristo Buen Pastor y promueva la espiritualidad de comunión para la misión, para que se dé una mayor vivencia de comunión fraterna en el presbiterio, y se realice la Nueva Evangelización viviendo el ministerio ordenado desde la urgencia misionera de la caridad pastoral. Así mismo, para que esta pastoral sacerdotal, ayude a reavivar el carisma recibido por los ministros ordenados a través de una sólida formación permanente (8).

VIII. Saludo de despedida

24. Queridos hermanos, fieles en Cristo: al acercarse las celebraciones de la pasión, muerte y resurrección del Señor Jesucristo, los pastores se disponen a renovar las promesas de su ordenación. Que en este año la misa crismal y el Jueves Santo nos inviten a una especial manifestación de apoyo espiritual, afectivo y efectivo a nuestros sacerdotes. Igualmente, sin perder la centralidad del Sacramento de la Eucaristía, debemos resaltar en este día santo la dimensión del sacerdocio ministerial y aprovechar para lanzar un llamado vocacional a todos nuestros niños, adolescentes y jóvenes, como un gran pregón de la Campaña Vocacional de este Año Sacerdotal.

25. Amados presbíteros, valoramos y agradecemos con gozo al Señor por su fidelidad al ministerio, por ser modelos para los demás. Les deseamos que cultiven una vida espiritual, centrada en la Palabra de Dios y en la celebración diaria de la Eucaristía, estimulándose así unos a otros a perseverar fieles en la misión que el mismo Cristo les ha encomendado.

26. Que María Santísima de Coromoto, madre del Sumo y Eterno Sacerdote, les proteja, consuele y sea modelo de dedicación a Cristo y de solicitud generosa para con esta amada grey que está en toda la extensión de nuestra Patria.

En nombre de los Arzobispos y Obispos de Venezuela y en el propio, les enviamos nuestra bendición.

Caracas, 15 de Febrero de 2010.

Los miembros de la Comisión Episcopal de Clero, Vocaciones, Seminarios, y Diaconado Permanente, de la Conferencia Episcopal Venezolana.

+Antonio López Castillo
Arzobispo de Barquisimeto

+Luis Alfonso Márquez Molina
Obispo Auxiliar de Mérida

+Enrique Pérez Lavado
Obispo de Maturín
Administrador Apostólico de Carúpano
Presidente de Comisión

Notas

- (1)** Catecismo de la Iglesia Católica, n.1546.
- (2)** Misal Romano, Plegaria Eucarística III.
- (3)** Cf. Misal Romano, Prefacio en la Misa ritual de Ordenación de Presbíteros.
- (4)** Catecismo de la Iglesia Católica 1547.
- (5)** Concilio Plenario de Venezuela, “Obispos, Presbíteros y Diáconos, al servicio de una Iglesia en comunión”, 56.
- (6)** Documento de Aparecida, 199.
- (7)** CPV, OPD, Desafío 1.
- (8)** Ib, 3.1. Desafíos.